

Joaquín Lameiro Tenreiro

COARTADA DE LAS ISLAS (EL NUEVO MUNDO)

el refugio

Pasarán dos cosas
 cuando salgas
o bien las dos, o bien ninguna
o una en el hombro y otra en el tobillo.

Que te inclinarás, y esto
pasará siempre,
y la isla te acogerá como solía
o, si tu ejercicio se desgasta
en estos paroxismos fatuos,
el bosque volverá a ser laberinto
y el laberinto idéntico al corazón
pero tú ya no recordarás
y estarás dentro de nuevo.

¿Cuál es, pues, tu refugio?
Escoge. Sólo hay una mano
y el hombro, el tobillo aguardan.

lover come back to me

Él, que acecha
como un árbol inesperado en los corazones,
esquina y reverso donde
el agua
fluye de otro modo, benigna
y ni trinchera ni manantial;
él es lo que pueda ser modo
en el tañer o en el nudo
de la madera, y no
filo ni eje.

Vuelta, sencillamente vuelta
del resuello al giro de esquina,
del saber dónde y deber
negar dónde.

Porque, si supiese dónde
y me dignara decirlo,
¿dónde entonces, o qué
tu persona de isla?

Es, por lo tanto, necesario
buscarte
y procurar
que no me encuentres
y lo mismo tú.

Toda nuestra bondad
y aquello de valioso que todavía repose
en la mansedumbre de mi vibración
depende de esto, y de esto sólo.

Y aún a riesgo...

lover, come back to me

la espuela

Sí, tú

 pues es tuyo el destello
y es tu espuela la que acobarda
la sombra del laberinto
y es contigo
el bosque inteligible
y en la mano el archipiélago
se cierra y es refugio.

DE LOS LIBROS BLANCOS

y yo mientras tanto aquí viendo los rostros de la gente

Quizás sí clavaste
un desierto de niebla,
y estabas equivocada
y nosotros teníamos razón.

Quizás también
hay un punto de luz
debajo de tu hombro
izquierdo, que tanto
tú como nosotros desconocemos
(o fingimos
desconocer).

Un pequeño cáncer
de luz que se extiende por tu clavícula
en dirección a tu boca
y que es ya irremediable
 – que siempre lo fue
y ¿no es verdad

que no has ofrecido
todos los orificios,
en contra de lo que
pensabas,
errada una vez más?

Que no eran tanto
orificios como pliegues
y que, por otra parte,
qué te importa si
pliegues u orificios,
ahora que la luz
te daña aquí y allá
y tu cuerpo ya no es tuyo
– pero ahora es verdad,
ya no es tuyo;
justo ahora que lo
dabas todo por
perdido, este descanso
repentino.

Y qué hagamos
con tu vida secreta
si ya todo es una inclinación
sobre otros cuerpos.

Solo esta luz,
en todo caso,
y aceptar la razón mendicante
de ese desierto de niebla.

Pero es tarde para que te descubras

Tal vez antes, quizás

luego.

Quizás

esa es tu vida secreta;

tu torre y tu fisura.

Es muy probable que sí.

Pero solo desde esa

vida errática

que pasa frente a ti

y no te reconoce.

Mientras tanto,

si los accesos se han cerrado,

para qué insistir.

Quizás era solo

un desierto de niebla.

Pero, ¿por qué entonces

ese malestar

bajo el hombro izquierdo?

Quizás, y no pondría

la mano en el fuego,

pero quizás

realmente existe

ese orificio,

o será pliegue,

pero ese no lo has ofrecido

y tu vida pasa por el misterio

como un turista de la eternidad.

De todos modos,

nunca estaremos tan seguros

como para atrevernos a extirparlo.

Te has librado esta vez.

Pero volverá,
como la luz vuelve siempre
y entonces no habrá piedad.

Y deberás vigilar
tu paso por las carnicerías.

ALGO QUE EN REALIDAD NO TENGO GANAS DE CONTAR

Por fin alquilaron su ático en Barcelona. A ella le gustaba Barcelona porque era una ciudad muy intercultural, muy interracial... vaya, era una ciudad muy inter. A él no, porque una ciudad donde no puedes ir de un extremo al otro andando es cruel. Él tenía un concepto de crueldad bastante lato, que más bien se correspondía con el de inadecuación. Todo lo que no era cómodo –en el sentido en que un almohadón o un cojín son cómodos– para el espíritu, para el cuerpo o para ambos, era cruel. Con este distorsionado sentido de la crueldad, era obvio que no podría llegar muy lejos. Pero entonces, ellos no pensaban en aquello. Si a ella le gustaba Barcelona, a él acabaría por gustarle. Por supuesto no cabía la posibilidad de que, como a él no le gustaba, ella acabara por odiarla.

El ático era pequeño pero acogedor. Un dormitorio, un cuarto de baño y una cocina americana. Y la inmensa terraza, que no era tan inmensa pero que lo parecía, y desde la que se veía algo de Barcelona, pero no todo, por motivos relativos a la crueldad de la ciudad. La decoración había corrido a cargo de ella, como casi todo, a decir verdad, de forma que resultaba un hogar particularmente inter. Él sólo insistió en que se comprase una mecedora de madera, como las que había en casa de sus padres, y que él, cuando vivía allí, apenas había utilizado. Supongo que pretendía entonces recuperar el tiempo perdido. Toda persona con un mínimo interés por su condición debe hacer esto en algún momento de su vida: o sentarse en una mecedora o intentar recuperar el tiempo perdido. Ambas tareas resultan muy gratas en un principio y desquiciantes a los pocos minutos de practicarlas, con lo que constituyen, cada una a su modo, interesantes metáforas de la existencia.

Así que él sacaba su mecedora a la terraza, y allí escribía o tocaba la guitarra, y ella, como una Marianne cualquiera, lo miraba desde la puerta, apoyada en el umbral, con los brazos cruzados y la cadera levemente ladeada. A todos nos hubiera gustado ver entonces una estampa parecida a la de la famosa foto de la terraza en Hydra que Leonard Cohen publicó en *I'm your man*, pero lo cierto es que el parecido, que comenzaba en la intención de parecerse, se acababa justo ahí, y nadie lo hubiera advertido.

Por aquel entonces hacían el amor con asiduidad. Lo hacían tiernamente, preocupándose el uno por el otro. Era agradable y hasta bonito, pero nunca hubo verdadera pasión, y, en resumen, se reducía a un baile gozoso de caricias y fluidos. Había algo de incestuoso en esas prácticas. El cariño era demasiado fraternal, demasiado condescendiente para una pareja tan joven. Y eso no era bueno. Ese

tipo de relación es el nirvana de las parejas que ya no tienen nada que decirse porque ya se lo han dicho todo, y es la perdición de las parejas que no tienen nada que decirse (a secas).

Lo que viene a continuación es la parte difícil de la historia.

Él daba clases de algo en algún sitio, y ella hacía su licenciatura y trabajaba, posiblemente. Tenían suficiente dinero y se podían permitir regresar de vez en cuando a Coruña, un fin de semana, o comprarse discos, libros y aceite de oliva. No se dejaron de hablar un día determinado; ninguna gota colmó el vaso, quiero decir. De hecho, ni siquiera se dejaron de hablar. Las conversaciones eran ágiles y huecas. Siguieron durmiendo juntos, besándose y haciéndose el amor respetuosamente. Todo lo que él hacía le parecía bien a ella y todo lo que ella hacía no le parecía mal a él. Un día anónimo ella lloró por primera vez, y ya no paró. Él la consoló, sin demasiadas ganas e intuyendo tan sólo vagamente, al igual que ella, por qué lloraba. A él le pareció una postura estética acertada el comenzar a fumar, pero nunca lo llevó a cabo. También le quedaba la posibilidad de salir un día y no volver más. Esto lo dignificaría como un cabrón, pero ni siquiera se le pasó por la cabeza hacerlo. Ella, por su parte, podría haberlo abofeteado o abierto la cabeza con la plancha, pero no tenía razón para ello, y, además, no era dada a esos excesos.

Así que siguieron sentados en la terraza, mirando el uno para el otro, y el ático comenzó poco a poco a apestar a cadáver.

§

Nota sobre la procedencia y las circunstancias de los textos: Los textos que se presentan aquí responden a diferentes intenciones y entre la escritura de unos y otros hay lapsos de varios años. El primer grupo, titulado *Coartada de las islas (el Nuevo Mundo)* es una especie de continuación de *Coartada de las islas (partes 1 & 2)*, publicado en el número 7 de *Nexo*, e intenta dilucidar un lugar geográfico para la poesía, que no puede ser otra cosa que una isla o, en todo caso, un archipiélago. La mayoría de los poemas de esta serie están escritos de un tirón en algún momento de 2010, tras un visionado intensivo de películas de David Lynch. El poema “Y yo mientras tanto aquí viendo los rostros de la gente” está escrito en Poitiers en otoño de 2009 y cierra un libro inédito (salvo por algunos poemas sueltos que se publicaron en *Nexo 6* y en algún *fanzine*) que se titula *Los libros blancos*, y que en realidad son cuatro libros, o uno muy desperdigado, que escribí de manera

intermitente entre 2006 y 2009. Este poema fue el último que escribí de esa serie. Está dedicado subrepticamente a Lucía Méndez, una poeta amiga mía. Lo de “clavar un desierto de niebla”, de hecho, es algo que copié de un poema suyo. Cuando terminé este poema, consideré que no era posible seguir escribiendo *Los libros blancos*, y ahí se quedaron. El último texto, “Algo que en realidad no tengo ganas de contar”, es un relato que escribí en el verano de 2002 y cuyo título es perfectamente autoexplicativo.